

Perspectivas sobre raza y clase en Brasil¹

Carlos Hasenbalg

Aspectos históricos

LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA ESCLAVITUD en Brasil ha aumentado y se ha refinado últimamente, pero contrasta con el número de estudios efectuados sobre la historia social del negro a partir de la abolición de la esclavitud. La participación de los ex esclavos y negros libres en el mundo urbano e industrial que se desarrolla en el periodo posterior a la abolición, así como en los sistemas agrarios regionales de esa época, constituye un tema poco investigado.

Los historiadores han prestado poca atención a este tema, y esto se debe en parte a la falta de registros sobre el color* de la población en los censos demográficos del periodo que va de 1890 a 1940. Por otro lado, el enfoque analítico de la mayoría de los estudios sobre los inicios de la industrialización del país, que resaltan el surgimiento de las nuevas relaciones de producción y del mercado de trabajo libre, otorgó prioridad a la formación de la clase trabajadora y al movimiento obrero en São Paulo y, en menor medida, en Río de Janeiro. Esta opción de análisis dejó al margen de la historia a los grupos mayoritarios de las clases subalternas del mundo urbano que estaba en formación.

Con relación a la integración de negros y mulatos en las estructuras de clases que se forman después del término del esclavismo, una de las con-

¹ La primera versión de este trabajo fue presentada en la conferencia "Black Brazil: Culture. Identity, Social Mobilization", University of Florida, Gainesville, 31 de marzo a 3 de abril de 1993.

* En Brasil se hace referencia a tres razas: negra, amarilla y blanca. Éstas, a su vez, comportan varias categorías en función de los matices del color de la piel. El mulato, por ejemplo, es una de las variantes del mestizaje de blancos y negros. Entre los de color amarillo se encuentran sobre todo los descendientes de chinos, japoneses y coreanos. (Nota de la coordinadora de la sección temática.)

secuencias de la omisión recién notada es la generalización indebida para el resto del país de los procesos ocurridos en São Paulo, que es el caso regional más estudiado (Bastide y Fernandes, 1959; y Fernandes, 1965).

Es bien sabido que, en los decenios posteriores a la abolición de la esclavitud, inmigrantes europeos sustituyeron a los negros de São Paulo en las haciendas cafetaleras, así como en los centros urbanos que estaban en una fase de desarrollo económico y de industrialización acelerados. De ese modo, negros y mulatos fueron excluidos de los sectores de empleo más dinámicos y relegados a la agricultura de subsistencia en las áreas rurales o a servicios no calificados en las ciudades.

Andrews hizo notar con acierto que lo que otorga un carácter especial a la experiencia paulista y la hace diferente de otras regiones del país es la promoción oficial y el subsidio de la inmigración extranjera desde el decenio de 1880 hasta la segunda mitad del decenio de 1920.

El mercado de trabajo de São Paulo no mostró ninguno de los controles raciales tan rígidos impuestos por el Estado y utilizados, por ejemplo, en los sistemas segregacionistas de África del Sur y del sur de Estados Unidos durante el mismo periodo. A pesar de ello, el mercado de trabajo se vio afectado por la intervención directa del Estado, que estaba destinada a producir resultados cargados de consecuencias raciales: inundar el mercado local de trabajo con un mar de inmigrantes europeos [Andrews, 1988:493].

Revisando la interpretación de Florestan Fernandes, Andrews nos muestra que la política estatal de inmigración originó la exclusión de los negros de la primera etapa de la industrialización paulista, hasta 1930, y no precisamente la falta de preparación, incapacidad o desorganización social de quienes habían dejado de ser esclavos. El inicio del ingreso de trabajadores negros en el proletariado industrial de São Paulo se dio a partir de la revaloración del trabajador nacional a lo largo de los años veinte y en virtud de haberse interrumpido el flujo migratorio al final de ese periodo.

El periodo de 1888 a 1930 muestra, como en ninguna otra parte del país, que los inmigrantes blancos fueron los ganadores del desarrollo económico y de la prosperidad generada por el *boom* del café y la industrialización, y los negros, los perdedores. La experiencia paulista, caracterizada por la competencia con el inmigrante y la marginación del negro del mercado de trabajo, ha sido generalizada indebidamente para todo el país.

En Río de Janeiro las cosas fueron distintas. Esta ciudad concentraba, al final del siglo pasado, la población negra urbana más elevada del país, y durante la segunda mitad del siglo XIX recibió un número consi-

derable de inmigrantes extranjeros. En las décadas posteriores a la abolición de la esclavitud, ese flujo continuó, pero su volumen no tuvo el mismo efecto demográfico que en São Paulo. Además, la inmigración a Río de Janeiro fue de carácter espontáneo y no subsidiada y, aunque surgiera la competencia entre negros e inmigrantes (con resultados favorables a estos últimos), el efecto de marginación de la población negra no tuvo las mismas dimensiones que en el caso paulista. El censo de 1890 muestra una concentración elevada de negros y mulatos en trabajos sin calificación, fuera de los sectores dinámicos de empleo. Con todo, 17% de los negros y mulatos trabajaban en la industria y formaban 30% de la mano de obra empleada en el sector, lo que era indicio de un proceso incipiente de proletarización del negro en Río de Janeiro, que anticipaba lo que ocurriría en el resto del sudeste después de que se interrumpió el flujo de inmigrantes en 1930.

La situación de otras regiones del país con concentraciones elevadas de población negra, como el nordeste y Minas Gerais, aún no se ha estudiado. Sin embargo, el efecto de la inmigración extranjera fue casi nulo y es probable que los negros hayan participado desde el inicio en la industrialización periférica de esas regiones.

Por lo general, la población negra permaneció vinculada a la agricultura en las décadas posteriores al final de la esclavitud. Es importante resaltar en este punto que la transición del trabajo esclavo al trabajo formalmente libre no significó que el trabajo asalariado se generalizara en la agricultura brasileña. En rigor, la formación del mercado de trabajo capitalista en el mundo rural de Brasil sólo ocurrió de manera más completa en el cultivo del café del área paulista.

Eisenberg (1977) destacó con acierto que las formas de trabajo libre se diferenciaban del trabajo esclavo por la libertad básica de poder abandonar el empleo. Las relaciones de trabajo en la agricultura del periodo se caracterizaron por la falta de contratos y por el predominio de formas de remunerar el trabajo que no eran monetarias. En el caso del nordeste, donde la transición al trabajo libre ya estaba bastante avanzada en el momento de la abolición, los esclavos engrosaron las filas de agregados, moradores de condición, jornaleros, labradores y aparceros, en relaciones de trabajo tradicionales, caracterizadas por la dependencia señorial. Andrade (1983:74) analizó la transición al trabajo libre en el nordeste y comenta que no fue sino hasta después del decenio de 1960, como resultado de la aplicación del Estatuto del Trabajador Rural, que el trabajo asalariado puro y simple se convirtió en el de uso generalizado en la agricultura del azúcar.

Demos un salto en el tiempo por falta de información adecuada. Los censos demográficos de 1940 y 1950 describen la situación del empleo

para los blancos, negros y mulatos después de más de cincuenta años de haberse abolido la esclavitud.

La situación en São Paulo se caracterizó por el vínculo que predominó entre negros y mulatos con el empleo agrícola (71.2%). Durante esos años, únicamente trabajaban en el sector secundario 39 000 no blancos; o sea, 12%, cifra que corrobora que los negros y mulatos tardaron en formar parte del proletariado industrial del Estado. Entre 1940 y 1950 se llevó a cabo una industrialización acelerada de la estructura ocupacional de São Paulo, en especial entre la población no blanca. La proporción que trabajaba en la agricultura descendió de 71.2% a 48.9% entre esas dos fechas. La participación relativa de negros y mulatos en 1950 en el sector secundario aumentó a 20.5%, pero todavía estaba por debajo de 24.3% de los blancos. Sin embargo, el empleo industrial de los negros y mulatos aumentó durante ese decenio con más rapidez, por primera vez, que el de los blancos, porque pasó de 39 000 a 86 000 personas ocupadas en el sector.

Cuadro 1

Estructura del empleo por sectores y por grupos de color en
1940 y 1950 Brasil y regiones seleccionadas
(en porcentajes)

1940								
Sectores	São Paulo		D.F. y R.J.		Resto*		Brasil	
	Blancos	No blancos	Blancos	No blancos	Blancos	No blancos	Blancos	No blancos
Primario	56.3	71.2	25.2	44.9	76.6	81.3	65.9	77.4
Secundario	17.5	12.0	19.8	21.7	6.2	7.0	10.9	8.6
Terciario	26.2	16.8	55.0	33.4	17.2	11.7	23.2	14.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
1950								
Primario	42.0	48.9	17.0	23.0	70.4	75.6	55.8	68.7
Secundario	24.3	20.5	23.1	23.1	7.3	8.0	14.6	10.6
Terciario	33.7	30.6	59.9	53.9	22.3	16.4	29.6	20.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

* Excluye los estados de la región del sur.

Fuente: censos demográficos de 1940 y 1950; la categoría de no blancos incluye sólo negros y mulatos; no amarillos y sin declaración de color.

Lo que en la actualidad forma el estado de Río de Janeiro (Distrito Federal más Río de Janeiro), en 1940 constituía la región más urbanizada e industrializada del país. Los negros y mulatos tenían una presencia relativa en el sector primario más elevada que la de los blancos, con 45% y 25%, respectivamente. La proporción de los no blancos empleados en la industria superaba la de los blancos (21.7% y 19.8%), lo cual se acentuaba más en el Distrito Federal, donde 34% de los no blancos y sólo 23.3% de los blancos trabajaban en la industria. Este hecho parece confirmar también que el ingreso de negros y mulatos en la clase trabajadora industrial de Río de Janeiro se anticipó a otras regiones, en particular a la de São Paulo. La urbanización de la estructura ocupacional de Río de Janeiro se aceleró a lo largo del decenio de los años cuarenta, en especial en el caso de la población no blanca, cuya participación en el sector primario se redujo a 23% en 1950. Ese mismo año, la proporción de presencia de blancos y no blancos en la industria se igualó en 23 por ciento.

En los años 1940 y 1950, blancos, negros y mulatos permanecieron ligados a la agricultura de manera importante en el resto del país (excluidos los tres estados del sur), donde se encuentran las regiones menos desarrolladas económicamente. El grado tan bajo de industrialización de ese conjunto de regiones se refleja en la insignificante proporción de personas empleadas en el sector secundario, en el que los no blancos tienen una participación relativa ligeramente superior a la de los blancos, mejor representados en el sector terciario de la economía. Los pequeños cambios en la estructura sectorial de empleo entre 1940 y 1950 son indicadores también de una dinámica económica más lenta en esa área.

Para terminar, en la totalidad de Brasil, que combina estos procesos regionales divergentes, se nota la representación desproporcionada de negros y mulatos en el empleo agrícola: 77.4% en 1940 y 68.7% en 1950. El retraso de la incorporación de ese grupo a la clase trabajadora puede ser apreciado al comparar la proporción de blancos y no blancos empleados en la industria esos dos años: 10.9 y 8.6% en 1940, y 14.6 y 10.6% en 1950, respectivamente.

Ya sea por la competencia desventajosa con los trabajadores inmigrantes en las regiones industrialmente más avanzadas o bien porque se concentró en las regiones económicamente menos dinámicas, la población negra y mestiza se incorporó de manera tardía al mundo urbano e industrial que estaba en desarrollo en las décadas posteriores a la abolición de la esclavitud.

Raza y clases en el centenario de la abolición

El periodo comprendido entre 1950 y 1980 no fue pródigo en la elaboración de estadísticas oficiales sobre el color o la raza de la población en Brasil. El censo demográfico de 1960 presentó serios problemas técnicos; los resultados finales estuvieron disponibles después de diez años de haber recolectado la información y lo publicado se refiere a la suma de los grupos de color por sexo y edad. El censo demográfico de 1970 sencillamente omitió la pregunta sobre el color de la población, pregunta que se reincorporó al censo de 1980.

Durante ese mismo periodo, Brasil, al igual que otros países de América Latina, experimentó una transición acelerada de estructuras al pasar de una sociedad agraria a una sociedad de clases de tipo capitalista, según un proceso general calificado de “modernización conservadora” (CEPAL, 1986).

El motor de tal transición fue el crecimiento económico acelerado y la difusión de formas capitalistas de producción ocurridos entre el periodo de la posguerra y la crisis económica de los años ochenta. Uno de los ejes básicos de los cambios en la estructura social llevados a cabo en ese periodo fue la rápida transformación de las estructuras ocupacionales, resultado de una movilidad ocupacional en ascenso y que confirmó la lógica social del modelo de crecimiento.

En esta lógica social, la combinación de aumentos en la inversión de capitales y mejoras en el nivel de calificación de la fuerza de trabajo permite la absorción de proporciones crecientes de la población activa en ramos de actividades y en ocupaciones de mayor productividad, ingreso y *estatus* social [CEPAL, 1986:17].

Brasil fue el país de América Latina con el crecimiento económico más elevado. El índice de crecimiento del PIB *per capita* entre 1950 y 1980 fue de 351, que representó una tasa de 4.3% anual, a pesar del ritmo elevado de crecimiento demográfico registrado en ese periodo.

En la estructura de empleo por sectores, se observó un fuerte descenso de la población económicamente activa (PEA) del sector primario —que cayó a 30% en 1980, mientras que era 60% en 1950— y una transferencia de la fuerza de trabajo hacia la industria y los servicios modernos. Entre 1960 y 1980, cuando las transformaciones estructurales se aceleraron, el total de personas trabajando en el sector secundario creció de 2 940 000 a 10 675 000, aumentando su participación relativa de 12.9 a 24.4%. En el mismo periodo la proporción de personas ocupadas en el sector terciario pasó de 33.1 a 45.7 por ciento.

La expansión de los estratos ocupacionales medios es otro aspecto de la transición cultural. Para tener una idea precisa de tal expansión, basta registrar que el número de personas en ocupaciones administrativas y técnico-científicas —*proxy* de la llamada nueva clase media— aumentó de 2.5 millones en 1960 a 8.2 millones, en 1980.

Los cambios ocurridos en el producto y en el ingreso *per capita*, en la estructura del empleo y en la calificación y productividad de la fuerza de trabajo se tradujeron en un aumento del nivel de bienestar de sectores importantes de la población, a pesar de mantener el modelo de acentuada desigualdad social y económica. Una parte importante de individuos y familias experimentaron la transición estructural como movilidad social ascendente. Un estudio efectuado con los datos de la PNAD de 1973 indicó que la proporción de individuos con movilidad ascendente, es decir, que socialmente desempeñaban una ocupación superior a la de sus padres, alcanzaba casi 46% de los casos de la muestra. Los individuos en la situación inversa, en posición inferior a la de sus padres, constituían apenas 13% de la muestra (Hasenbalg y Silva, 1988: cap. 1).

Para completar el cuadro sintético de los cambios sociales en los decenios anteriores a 1980, cuando el modelo de crecimiento entró en crisis, debe añadirse la rapidez del proceso de urbanización, la expansión de la mano de obra asalariada en el mercado de trabajo, la transición demográfica manifestada por la caída de la fecundidad y la desaceleración del crecimiento de la población, así como el aumento de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo.

En fin, la crisis económica y social de los años ochenta surgió en el momento que Brasil ya se encontraba, respecto de otros países de América Latina, en una fase relativamente avanzada de transición a una sociedad de clases de tipo capitalista. A partir de ese momento se volvió a recopilar sistemáticamente información sobre el color de la población en los censos y en las muestras domiciliarias (PNAD), lo que permite evaluar la forma en que se insertaron los grupos raciales en la estructura de clases y en el sistema de estratificación social. Aquí se decidió trabajar con la información de la PNAD de 1988, en virtud de que permite retratar la situación de la población negra y mestiza exactamente un siglo después del fin de la esclavitud en Brasil.

Antes de analizar la inserción diferenciada de los grupos raciales, conviene destacar las características más generales del sistema de clases y estratificación en el Brasil contemporáneo.

El primer aspecto que hay que resaltar es el de la fuerte desigualdad que prevalece en la estructura social y en el sistema de clases de Brasil. Estas desigualdades pueden ilustrarse con la distribución de la educación y el ingreso.

En cuanto a la primera de las desigualdades, se sabe que en Brasil existe un desempeño educativo muy débil si se considera el nivel del ingreso *per capita*, además de que la distribución de la educación en la fuerza de trabajo es muy desigual. La última columna del cuadro 4, donde se registra la escolaridad promedio de los diversos grupos o clases ocupacionales, permite constatar este hecho de manera empírica. El promedio de escolaridad de los estratos ocupacionales varía de aproximadamente 17 años entre los profesionistas liberales a sólo dos años de estudio entre los trabajadores del campo. Es más, la escolaridad de los grupos ocupacionales no manuales, con excepción de los empresarios que trabajan por cuenta propia, es casi dos veces más elevada que la de los trabajadores manuales urbanos.

En el caso brasileño, la educación está distribuida con gran desigualdad, además de que el perfil salarial de los grupos educativos también se inclina fuertemente. Estudios recientes (Camargo y Gianbiagi, 1991; y World Bank, 1992) señalan que el factor más importante para explicar la desigual distribución del ingreso es la distribución de la educación.

La desigualdad en la segunda dimensión de distribución, el ingreso, puede constatarse en la última columna del cuadro 5. Resalta, por ejemplo, que las ganancias promedio de los profesionales liberales empleados es veinte veces mayor que las de los trabajadores rurales y de los empleados en el servicio doméstico. El coeficiente de Gini para la distribución del ingreso familiar *per capita* era en Brasil en 1989 de 0.633; el 20% más pobre recibía 2.1% del ingreso, a la vez que 10% de los más ricos se quedaban con 51.3% del ingreso. El mismo coeficiente de Gini para la distribución individual del ingreso entre trabajadores era de 0.625 (World Bank, 1992). Estos coeficientes son los más elevados de América Latina y el Caribe y, además, superan los de todos los países del mundo que disponen de estadísticas de distribución del ingreso.

El segundo aspecto que debe señalarse se refiere al peso, ya disminuido, comparado con los decenios anteriores, del sector rural en la estructura de clases y estratos ocupacionales. El sector agrícola absorbía en 1988 aproximadamente la cuarta parte (25.5%) del total de la fuerza de trabajo del país. A pesar de la modernización, el aumento de capital y la tecnificación ocurrida en la agricultura en los últimos veinticinco o treinta años, la estructura de clases del mundo rural en Brasil permanece polarizada entre un pequeño grupo de propietarios en el sector agropecuario y una gran masa de productores agrícolas por cuenta propia y trabajadores manuales del campo. Esta polarización tiene como base un modelo en el que persiste la concentración elevada de la propiedad de la tierra. En términos históricos, como en Brasil no se ha llevado a cabo ninguna reforma agraria importante, no ha surgido la figura del campesinado in-

dependiente ni de la clase media en el campo. La pobreza generalizada de la población rural (con la posible excepción de los estados del sur) está ligada a los flujos de la migración rural-urbana, al ritmo acelerado de la urbanización y a las fuertes presiones de la oferta de mano de obra en el mercado de trabajo urbano.

En tercer lugar, puede decirse que los estratos de trabajadores manuales urbanos comprenden la mayoría de la PEA (46.6%). Es importante resaltar que la clase trabajadora de la industria constituye una minoría (13% de la PEA) dentro del conjunto del mundo popular urbano. El estudio de la CEPAL señala:

El proletariado, en sentido estricto, de asalariados manuales dentro de la industria manufacturera, no constituye ni constituirá una gran masa popular motor de la historia en América Latina, menos por un débil proceso de industrialización (que no ha sido despreciable en muchos países de la región), y sí más por el carácter poco intensivo en mano de obra de ésta, y por la expansión mundial de la economía de servicios en la época actual [CEPAL, 1986:71].

La contrapartida de esta posición minoritaria de los trabajadores industriales es que aumenta la participación de la clase trabajadora urbana en el sector terciario. Aquí entra el estrato de los trabajadores manuales empleados en los servicios (11.5%) y un vasto conjunto, y heterogéneo, de trabajadores manuales del sector informal (22%).

En cuarto lugar debe resaltarse la presencia del sector de empleos no manuales, que en 1988 ya absorbía 27.9 % de la población ocupada. Dentro de este sector puede distinguirse una parte que corresponde a los antiguos grupos de la clase media, integrada por profesionales liberales autónomos, propietarios y patrones en la industria, comercio y servicios, y empresarios por cuenta propia, que constituían aproximadamente 6% de la PEA. En rigor, el grupo de empresarios por cuenta propia, que no emplean a otras personas, ocupa una posición ambigua entre la pequeña burguesía y el sector informal urbano. Los demás sectores del empleo no manual pueden asimilarse a las nuevas clases medias, producto del desarrollo capitalista reciente. Estos estratos ocupacionales se caracterizan por el predominio de la relación de trabajo asalariado y son los que han aumentado más y se han diferenciado en los últimos decenios, además de experimentar el efecto del aumento del empleo femenino. El sector no manual bajo es el que ha recibido en mayor medida a las mujeres, que ya ocupan 50% de los puestos de trabajo.

La situación de algunos grupos ocupacionales entre los no manuales bajos no se diferencia sustancialmente, en términos materiales, de los estratos manuales que disfrutaban de una posición más elevada en el mercado

de trabajo. Por ejemplo, los ingresos promedio de los empleados en la categoría no manual de rutina y funciones de escritorio son inferiores a los ingresos de los trabajadores manuales de la industria moderna y a los de algunos trabajadores manuales del sector informal.

Si el sector no manual bajo es considerado como perteneciente al conjunto de ocupaciones típicas de la nueva clase media, no debe olvidarse que su situación de mercado y niveles de bienestar se sobreponen a los de los sectores mejor remunerados de la clase trabajadora urbana.

El cuadro 2 indica la distribución por grupos de color y grupos de género y de color en un conjunto jerarquizado de estratos ocupacionales.² Las personas de color negro y mulato, tal como se distinguen en el IBGE, se agruparon en la categoría de no blancos.

Estos grandes estratos ocupacionales, que indican posiciones diferenciadas en la estructura de clases y en el mercado de trabajo, se construyeron por agregaciones de las categorías más discriminadas, que aparecen en el cuadro 3.³

Lo que primero resalta es la distribución desigual de los grupos raciales en este conjunto de grandes estratos ocupacionales. Es evidente que los no blancos (negros y mulatos) están sobrerrepresentados proporcionalmente entre los trabajadores agropecuarios y en los estratos de trabajadores manuales urbanos. Por el contrario, los negros y mulatos están subrepresentados en la parte superior de la jerarquía ocupacional, en los sectores no manuales. Casi una tercera parte de los no blancos (31.3%) trabajan en la actividad agropecuaria, mientras que la proporción de blancos en esos empleos no llega a 20%. Casi la mitad de los no blancos (49.8%) trabajan en ocupaciones manuales urbanas, que absorben única-

² El único grupo que se encuentra fuera del ordenamiento jerárquico es el de los propietarios del ramo agropecuario porque se decidió mantener separados los estratos de los sectores agrícolas y no agrícolas de la economía.

³ El estrato no manual superior está constituido por profesionales liberales autónomos, profesionistas liberales empleados, dirigentes y administradores de los sectores público y privado y otros profesionales de este nivel. La pequeña burguesía agrupa a los propietarios y patrones en la industria, el comercio y los servicios, así como a los empresarios por cuenta propia. El estrato no manual bajo agrupa las funciones administrativas de ejecución, las ocupaciones técnicas, artísticas y de supervisión de trabajo manual y las ocupaciones no manuales de rutina y funciones de oficina. La clase trabajadora industrial comprende los trabajadores manuales asalariados en las industrias modernas y tradicionales. La clase trabajadora de servicios incluye todos los trabajadores manuales asalariados en el sector terciario. El sector informal comprende todos los trabajadores manuales por cuenta propia, los trabajadores de servicios domésticos y los vendedores ambulantes. Por último, el sector rural abarca el estrato de propietarios del ramo agropecuario y los trabajadores de este sector, que engloba un grupo reducido de técnicos y administradores del campo, productores agrícolas del campo y trabajadores manuales rurales.

mente a 44.1% de los blancos. Los estratos no manuales muestran la desigualdad más elevada en la distribución ocupacional, pues la proporción de blancos, 35.2%, representa casi dos veces el porcentaje de 18.4% de los no blancos. Si se consideran los ocho estratos ocupacionales del cuadro 2, se calcula un índice de desigualdad en la distribución de 0.183, lo que indica que 18.3% de los no blancos deberían cambiar de estrato, con el fin de igualar la distribución ocupacional de los dos grupos raciales.

Los cuadros 3, 4 y 5 complementan la información del cuadro 2. Muestran la distribución por grupos de color y grupos de género y color en las categorías más desagregadas que forman los estratos del cuadro 2, así como la escolaridad e ingresos medios de tales categorías.

Comenzando por el sector rural, se nota que los negros y mulatos tienen una participación relativa más elevada que los blancos, tanto entre los productores agrícolas autónomos como entre los trabajadores manuales de la agricultura, que son los grupos en los que la incidencia de la pobreza es más elevada. La escolaridad media de estos grupos, alrededor de dos años completos de estudios, deja a estos trabajadores en la condición de analfabetos y semi-analfabetos. Con relación a los ingresos, los trabajadores agrícolas por cuenta propia tienen una ventaja no despreciable sobre los asalariados rurales, 36 000 y 19 000 cruzeiros, respectivamente. Aun así, estos dos grupos reciben ingresos medios inferiores a los de todas las categorías de trabajadores urbanos, con la sola excepción de los empleados en servicios domésticos. De esto se puede concluir que la migración rural-urbana no necesariamente implica un desplazamiento de la pobreza rural a las ciudades (CEPAL, 1986). El trabajador migrante de origen rural no sólo encuentra en las ciudades mejor acceso al sistema educativo y a los servicios sociales, sino que también le espera un mercado de trabajo en el que existen empleos mejor remunerados que en la agricultura.

Los cuadros 4 y 5 muestran con detalle que los blancos, dentro de las dos categorías de trabajadores rurales, presentan una ventaja significativa en términos de niveles educativos y de ingresos medios. Esta ventaja de los trabajadores agrícolas blancos no necesariamente se relaciona con el tema de la raza, sino más bien con la desigualdad en la distribución geográfica de los grupos de color. Así, observamos que 71% de los trabajadores blancos están empleados en la agricultura más moderna y desarrollada de las regiones del sudeste y el sur, pero el número de negros y mulatos ocupados en la agricultura de esas regiones asciende únicamente a 30 por ciento.

La categoría de técnicos y administradores de la industria agropecuaria ocupa una posición intermedia en la estructura de clases rural y emplea poco menos de 1% del total de la PEA. Se trata de un grupo básicamente

camente masculino, con una escolaridad baja de casi 4.2 años de estudios y un ingreso que no es superior al de los trabajadores urbanos con remuneración más elevada. Los negros y mulatos en esta categoría tampoco tienen gran escolaridad y reciben un ingreso menor que sus colegas blancos.

Los propietarios de la industria agropecuaria representan apenas 0.7% de la PEA y conforman un grupo de bajo nivel de educación formal, con un promedio de 5.2 años de estudios completos. No obstante, ser los propietarios de la tierra, les otorga una posición relativamente privilegiada en la distribución del ingreso; el ingreso promedio de 213 000 cruzeiros los coloca en una situación un poco inferior a la de los empresarios empleados en las ciudades. Los mecanismos para adquirir y transmitir la propiedad de la tierra benefician casi exclusivamente a los hombres; las mujeres blancas y no blancas están prácticamente excluidas de la condición de propietarias rurales. Como era de esperar, negros y mulatos tienen una participación reducida en esta categoría de propietarios: la representación proporcional de no blancos en esta clase significa la mitad de aquélla, es decir, 0.5 y 1%, respectivamente. La asignación de recursos de los propietarios rurales no blancos es inferior a la de los blancos, según la escolaridad promedio (2.9 y 6 años de estudio, respectivamente) y el nivel de ingresos medios, que llega sólo a 57% de los blancos.

El cuadro 2 nos muestra que, en relación a los estratos manuales urbanos y en oposición a lo sucedido durante la primera mitad del siglo XX, la participación relativa en la clase trabajadora industrial de negros y mulatos ya igualaba en 1988, y hasta sobrepasaba ligeramente, la participación de los blancos. El porcentaje de trabajadores manuales asalariados en la industria es de 12.9% para los blancos y 13.3% para los no blancos. Esta igualdad se llevó a cabo cuando confluyeron dos circunstancias que debemos mencionar. La primera fue la competencia en el acceso a las ocupaciones de un estrato social más elevado, que se desplazó a los empleos de los estratos no manuales (Andrew, 1991). La segunda consistió en la posibilidad de lograr esta paridad cuando la clase trabajadora industrial comenzó a disminuir su peso relativo dentro de la estructura de clases, por efecto de la crisis económica surgida al inicio de los años ochenta y que aún persiste, así como por la tendencia global de la economía a desarrollar de los sectores terciarios.

Los cuadros 3, 4 y 5 complementan la información sobre el modelo de participación de los grupos raciales en la clase trabajadora industrial. El cuadro 3 muestra que los blancos tienen una ligera ventaja sobre los no blancos en las industrias modernas, con 3.3 y 2.6%, respectivamente. La contrapartida es una presencia relativa más elevada que la de los blan-

eos en las industrias tradicionales, con niveles de salarios promedios muy inferiores a los de las industrias modernas. Ello se debe en parte a una presencia numérica más elevada de no blancos en la industria de la construcción civil, que absorbe mano de obra poco calificada y mal remunerada (Hasenbalg, 1992).

Los cuadros 4 y 5, que tratan de la escolaridad e ingresos medios de los grupos, muestran un modelo que se repetirá en otros estratos de ocupación. Los trabajadores no blancos de la industria cuentan con niveles educativos y de ingresos inferiores a los blancos, siendo las diferencias de educación menores que las de ingresos. La escolaridad promedio de los no blancos en las industrias modernas equivale a 90% de la escolaridad de los blancos y su nivel de ingreso apenas llega a 75%. Los mismos porcentajes son en la industria tradicional 84 y 67%. Este modelo encuentra su razón de ser en dos factores diferentes. El primero tiene que ver con la existencia de discriminación salarial, por la cual trabajadores con igual productividad reciben salarios diferentes en función de la evaluación de atributos no productivos, como raza y género. El segundo factor se relaciona con una presencia numérica más elevada de trabajadores blancos en las industrias de las regiones más desarrolladas del país, donde se pagan salarios más altos.

Dentro de este contexto, debe señalarse que las mujeres, blancas y no blancas, tienen una participación reducida en la clase trabajadora industrial, en especial en las industrias modernas. Las mujeres trabajadoras tienen más escolaridad que los hombres y, no obstante ello, reciben salarios más bajos en las industrias tradicionales y modernas. Las mujeres negras y mulatas, por su condición de raza y género, ocupan los puestos de trabajo con la remuneración más baja en la industria.

La clase trabajadora en los servicios está compuesta por el conjunto de trabajadores manuales asalariados en el sector terciario de la economía y absorbe 11.5% del total de la fuerza de trabajo. La participación relativa de los blancos en este sector del empleo urbano es 11.8%, cifra ligeramente superior a la de 10.8% para los no blancos. La escolaridad promedio de los trabajadores en esta categoría, 5.1 años de estudio, supera en un año la escolaridad de los trabajadores en la industria tradicional y es 0.8 años inferior a la de los trabajadores en la industria moderna. Los ingresos promedio de la categoría, 46 000 cruzeiros, superan los 38 000 cruzeiros en la industria tradicional, pero quedan muy por debajo de los 84 000 cruzeiros en la industria moderna. Las diferencias en la educación e ingreso entre los grupos raciales en este sector son moderadas; los no blancos tienen 84% de la escolaridad y 80% del ingreso de los blancos, lo cual sugiere que la discriminación ocupacional y salarial basada en el atributo de raza no se acentúa en este estrato. Las diferencias

entre géneros son muy evidentes en esta categoría. Tal y como ocurre en el conjunto total de la fuerza de trabajo, las mujeres empleadas en este estrato tienen más años de escolaridad que los hombres dentro de cada grupo de color, a la vez que reciben ingresos sustancialmente inferiores a los de los hombres. Esto se debe en parte a la discriminación salarial basada en el género, pero también puede deberse a una distribución desigual de hombres y mujeres dentro de las ocupaciones de este estrato. Por ejemplo, las mujeres están prácticamente excluidas de las ocupaciones mejor remuneradas en el transporte y se concentran en los empleos de servicios personales no domésticos.

El sector informal urbano comprende los trabajadores manuales por cuenta propia, según ya se mencionó, como a los trabajadores en el servicio doméstico y los vendedores ambulantes. Como ya se dijo, estas tres categorías abarcan 22% del total de la PEA y llegan a constituir casi la mitad de las personas que trabajan en los estratos manuales urbanos.

El estrato de trabajadores manuales por cuenta propia reúne casi 8% de la PEA, y una participación de blancos y no blancos de casi la misma proporción. El nivel promedio de escolaridad de esta categoría, 4.6 años de estudio, es superior al de los trabajadores de la industria tradicional y sus ingresos promedio son más elevados que los de la misma categoría y los de la clase trabajadora de los servicios. Ello constituye un indicativo de que el sector informal urbano es heterogéneo, que no puede ser asimilado en su totalidad a la condición de pobreza y baja calificación de los trabajadores. La característica del conjunto de trabajadores manuales por cuenta propia es la estratificación interna del grupo, que muestra fuertes diferencias de ingreso por color y género. Tales ingresos oscilan entre un promedio de 83 000 cruzeiros para los hombres blancos y apenas 18 000 para las mujeres no blancas. Los hombres blancos de esta categoría sacan provecho de una situación de mercado, cuyo índice son los ingresos, relativamente buena dentro del sector de empleos manuales urbanos; los trabajadores de la industria moderna son los únicos que obtienen más beneficios. Entre los trabajadores por cuenta propia que no venden su trabajo existen fuertes diferencias por color y género que la discriminación ocupacional y salarial no puede explicar si se basa en tales criterios. La discriminación racial y de género actúa indirectamente en este caso porque cierra el acceso a los no blancos y a las mujeres a empleos mejor remunerados del sector formal. Es probable que la desigualdad del ingreso entre grupos de color y género en este estrato se vincule con las diversas asignaciones de recursos de estos trabajadores por cuenta propia: nivel de educación formal y habilidad adquirida en el mercado de trabajo, nivel de ahorro y capitalización, facilidad de acceso a los mercados de bienes y servicios que ofrece el sector informal.

La categoría de los trabajadores en servicios domésticos conforma el segmento inferior del mercado de trabajo urbano y en él se agrupan las personas con menos escolaridad (3.4 años de estudios) y remuneración más baja (21 000 cruzeiros). Este sector de empleo ha sido muy numeroso a lo largo de la historia y ha continuado aumentando hasta nuestros días: en 1988 absorbía 6.7 millones de personas empleadas, equivalentes a 12.1% del total de la fuerza de trabajo. Por tradición constituye una categoría que absorbe personas de origen rural y escasa educación. Se trata de un sector predominantemente femenino, en el que las mujeres representan 75.5% de los empleados. Este sector absorbe una quinta parte de las mujeres blancas ocupadas, pero se caracteriza por ser el principal mercado de ocupación para las mujeres no blancas, en virtud de que congrega 34% de ellas. La concentración ocupacional en los servicios domésticos ha llegado al nivel sin precedentes de 47.6% de mujeres negras ocupadas.

La categoría de vendedores ambulantes absorbe 2% del total de personas ocupadas. Esta categoría, al igual que el empleo doméstico, puede verse como residuo o reminiscencia de un mercado de trabajo preindustrial, con representación equilibrada de hombres y mujeres y blancos y no blancos; tradicionalmente, ha abarcado a vendedores ambulantes de dulces, fruta y hortalizas, diarios y revistas; pero en la actualidad incluye, por causa de la crisis, un número creciente de vendedores de toda suerte de objetos que pululan por las calles de las principales ciudades del país.

Dejemos de lado el mundo popular urbano y examinemos la inserción de los grupos de color y de género en las categorías ocupacionales no manuales. Comencemos con las que componen el estrato superior no manual.

En términos de dos variables centrales de la escala social contempladas en este trabajo, educación e ingreso, en la cúspide de la jerarquía ocupacional se encuentran los profesionales liberales autónomos y empleados. Las profesiones tradicionales de prestigio y estatus elevado forman parte de estas dos categorías: ingenieros, arquitectos, médicos, economistas y abogados, incluidos procuradores y magistrados. Dos procesos han caracterizado la evolución de estas ocupaciones en el periodo más reciente. El primero es el de la masificación de estas profesiones, que obedece a la expansión del sistema de enseñanza superior que se produjo en Brasil desde la década de los años sesenta. El segundo se refiere al número creciente de profesionistas de este grupo que son asalariados y que puede estudiarse en la participación relativa de cada una de las categorías: mientras que los profesionales liberales autónomos forman 0.3% de la PEA, los asalariados ascienden a 0.8% del total de ocupados.

Los grupos de género y color tienen una participación diferenciada en estas dos categorías ocupacionales más elevadas. La participación de las mujeres blancas en este reducto ocupacional masculino ha aumentado y ya alcanza la cifra relativa de 1.1% (la mitad de las cifras 2.2% de los hombres blancos), con lo cual los no blancos, hombres y mujeres, tienen un grado de exclusión más elevado, representados con apenas 0.4 por ciento.

La tercera categoría superior de los no manuales se refiere a los dirigentes y administradores de los sectores público y privado. Este grupo abarca desde altos funcionarios de la administración pública (ministros de Estado, etc.), directores y asesores, hasta los cargos de jefatura en el servicio público. Además, parte de ese grupo está formado por administradores de empresas en todos los ramos de la actividad económica, con excepción de la agricultura, hasta llegar a niveles de jefes y encargados de sección en la administración de esas empresas. Se trata, por lo tanto, de un grupo internamente estratificado y cubre todas las posiciones de mando de las organizaciones públicas y privadas, así como los niveles de jefatura. Los ingresos medios de la categoría (229 000 cruzeiros) corroboran la estratificación y diversidad interna, menor que la de los profesionales liberales. El nivel de escolaridad promedio de este estrato, 11.3 años de estudios, también indica que no es necesario poseer un diploma de enseñanza superior para acceder a estas posiciones.

De nuevo, los grados de exclusión de esta categoría, basados en los criterios adscritos de raza y género, son diferentes. Las mujeres blancas están representadas con 3.5% en estas ocupaciones (proporción menor que 4.8% de hombres blancos) y los no blancos muestran una participación relativa de apenas 1.6%. Es evidente que aquí funcionan ya las barreras que impiden que los no blancos ocupen posiciones de autoridad y mando sobre blancos en la jerarquía burocrática y de organización. Esto es consistente con la observación generalizada de que los no blancos no ocupan las posiciones más elevadas en todas las esferas institucionales de la sociedad brasileña, con la excepción de las actividades deportivas y del *show business*, donde algunas celebridades negras logran el máximo de movilidad. El ingreso en esta categoría de los escasos no blancos lo logran escalando los peldaños inferiores en este conjunto de ocupaciones, como lo sugieren sus ingresos medios que apenas representan 61% de los ingresos medios de los blancos empleados.

No es posible asegurar que las mujeres no son discriminadas en estas ocupaciones porque la exclusión racial está más acentuada que la basada en el género. Baste observar que las mujeres blancas de esta categoría son ligeramente más educadas que los hombres blancos, pero perciben ingresos un poco inferiores a la mitad de estos últimos. Esto indica que

las mujeres también enfrentan barreras para ingresar en las ocupaciones superiores de la jerarquía de esta categoría.

La cuarta y última categoría del estrato no manual superior se refiere a otros profesionistas. Abarca las demás profesiones, además de las liberales, que requieren un diploma de estudios universitarios para ejercerlas. Incluye el grupo de profesiones más antiguas y de menor prestigio que las liberales, como es el caso de los contadores, dentistas y farmacéuticos, así como el conjunto de nuevas profesiones surgidas por la división del trabajo inherente a la fase más reciente del desarrollo económico. Estas nuevas ocupaciones, contrariamente a las profesiones liberales, no pasan por una etapa histórica caracterizada por el ejercicio autónomo de la profesión; ya nacen como ocupaciones típicamente asalariadas.

En este estrato se repite, si bien de manera menos acentuada, el modelo de exclusión racial. La participación relativa de blancos y no blancos es de 2.9 y 0.9%, respectivamente. Las mujeres blancas ya se hacen presentes en este conjunto de profesiones de menor prestigio y posición socioeconómica en una proporción superior a la de hombres blancos, con 4.3 y 2%, respectivamente. La mayor representación de las mujeres blancas (e incluso la no despreciable proporción de mujeres no blancas, que constituyen 1.2%) se debe al número de carreras surgidas, como la de trabajadores sociales, enfermeras diplomadas y profesores de segundo grado y de las quinta y octava series del primer grado, caracterizadas por ser carreras casi exclusivamente femeninas y desvalorizadas desde el punto de vista salarial. En pocas palabras, este estrato puede caracterizarse por la exclusión racial y la segregación ocupacional por género.

Las cuatro categorías no manuales superiores incluyen las posiciones con las cuales se ejerce el poder en la sociedad brasileña, así como las subsidiarias en el ejercicio de ese poder. Prestigio social e ingreso elevado son la recompensa que tienen esas posiciones en los planos simbólico y material. En este conjunto de ocupaciones, los brasileños no blancos sufren el grado de exclusión más elevado. Apenas tres de cada cien personas negras y mulatas ocupadas tienen acceso a estas posiciones. Esto nos lleva a considerar con más detalle los motivos de la exclusión de los no blancos en la cúspide de la jerarquía ocupacional.

A primera vista, podría parecer que sólo se trata de discriminación racial en el mercado de trabajo. Éste sería el caso cuando la adscripción racial limita el reclutamiento para ciertas ocupaciones o bloquea las promociones o la movilidad de carrera dentro de esas ocupaciones. Este tipo de discriminación ocurre sin duda y está registrado en las investigaciones (Silva, 1985 y Lovell, 1989 y 1992). Aun así, existe otro factor que permite explicar la escasa participación de los no blancos en el estra-

to no manual superior y que se relaciona con la educación como elemento mediador en la movilidad ocupacional. Poseer un diploma universitario es, casi por definición, un requisito necesario para el acceso a las ocupaciones no manuales superiores, a excepción de la categoría de dirigentes y administradores. Esta consideración nos lleva al acceso restringido de negros y mulatos a la enseñanza superior y la consecuente limitación para quienes están en condiciones de ser candidatos a empleos que exigen diplomas universitarios. La información publicada por la PNAD calculaba 4.3 millones de personas con cursos superiores completos en 1987. De este total, apenas 485 000 eran negras o mulatas. Ese mismo año, el porcentaje de personas con 10 años de estudio o más que habían terminado la enseñanza superior ascendía a 6.2% entre los blancos, contra solamente 1.1% de negros y mulatos. Cabe aún señalar que este acceso desigual a los diplomas universitarios no es algo que esté en vías de ser corregido a mediano o largo plazo, como lo sugiere la distribución por grupos de color de las matrículas universitarias. De un total de casi 1.5 millones de alumnos que frecuentaban el curso superior ese año, los negros y mulatos (que representaban 44% del total de la población) constituían apenas 16% de los estudiantes universitarios del país.

Por lo mismo, puede concluirse que la falta de movilidad de los no blancos a los niveles más elevados de la estructura ocupacional se relaciona con procesos de discriminación que operan en las fases del ciclo de vida anteriores al ingreso en el mercado de trabajo, limitantes para adquirir educación formal, y con discriminación racial en el mercado de trabajo. El horizonte de la movilidad social de los no blancos se halla restringido por la discriminación, que actúa en fases anteriores al ingreso en el mercado de trabajo y en el mismo mercado de trabajo. Esta situación es diferente para las mujeres, cuya educación ya es superior a la de los hombres y no obstante enfrentan barreras discriminatorias, en especial en el mercado de trabajo.

El siguiente paso consiste en examinar la participación de los grupos de color y los de género y color en los dos estratos que componen la pequeña burguesía. La categoría de propietarios patrones está compuesta básicamente por pequeños y medianos empresarios en los diversos sectores de la economía urbana que poseen un capital que les permite emplear a otras personas. Los censos demográficos y de investigación domiciliaria no informan sobre el número de personas empleadas por estos empresarios, de modo que resulta imposible utilizar tal criterio como indicador del tamaño de las empresas. Sin embargo, en la gran mayoría de estas empresas no se efectuó la separación entre la propiedad y el control de las mismas. Los empresarios por cuenta propia no tienen en su haber suficiente capital como para poder contratar otras personas, lo cual

los obliga a movilizar al máximo la fuerza de trabajo de los miembros de la familia en la empresa.

Los no blancos, comparados con los blancos, están menos representados entre los propietarios patrones (1 y 3.8%, respectivamente) y casi llegan a igualarse entre los empresarios por cuenta propia (2.9 y 3.4%). Esta pequeña participación de negros y mulatos entre los pequeños propietarios y empresarios, en especial en la primera categoría de empresarios, no tiene que ver con la barrera de la discriminación, pero se relaciona con el nivel de capital necesario para ingresar en estas ocupaciones. La posición de la población no blanca en la estructura social no los ha favorecido a lo largo de la historia para obtener los recursos necesarios y entrar en esa actividad: educación formal, niveles de ingreso y ahorro, socialización en la práctica de las pequeñas y medianas empresas. En la categoría de propietarios patrones, debe señalarse la insignificante participación de las mujeres de los dos grupos raciales. La participación aumenta al observar el estrato de las empresas de menor categoría: la de los empresarios por cuenta propia.

Por último, se dirá que la categoría no manual inferior está compuesta por las funciones administrativas de ejecución, por las ocupaciones técnicas, artísticas y de supervisión del trabajo manual, así como por las ocupaciones no manuales de rutina y funciones de oficina. La categoría absorbe 15.8% del total de personas ocupadas, cuenta con un gran contingente femenino y está formada por un vasto conjunto de ocupaciones no manuales, por lo general asalariadas, que se encuentran en los grados medios e inferiores de la jerarquía burocrática de las organizaciones públicas y privadas. El desempeño de estas ocupaciones exige el dominio de los códigos simbólicos de la escritura y de las operaciones básicas de cálculo, como lo sugiere la escolaridad media de estas categorías, que es de alrededor de 10 años de estudio, muy superior a la de las ocupaciones manuales. Las ocupaciones administrativas, técnicas y artísticas tienen cierta capacidad para utilizar la iniciativa y decisión en el desempeño de las funciones, pero las ocupaciones no manuales de rutina se caracterizan por el carácter repetitivo de las tareas.

En este estrato se halla la frontera entre el mundo del trabajo no manual y el del trabajo manual, que es importante si se observa desde el punto de vista de la distribución de prestigio y reputación social. Para las mujeres que pertenecen a familias de estratos medios, este conjunto de ocupaciones funciona como forma de legitimación del estatus social de la clase de origen. Al mismo tiempo, estas ocupaciones son el destino de muchos individuos socialmente móviles, provenientes de los sectores populares urbanos. Como ya se señaló, estas ocupaciones no se diferencian gran cosa, en términos materiales, de las de los trabajadores manua-

les calificados, como es el caso de los trabajadores de la industria moderna, cuyos ingresos medios son superiores a los de las dos últimas categorías no manuales.

Los negros y mulatos, aun cuando experimenten un grado de exclusión menor que en la categoría no manual superior, también están subrepresentados en las categorías no manuales inferiores. Su participación relativa en este estrato, 11.6%, es muy inferior a la de los blancos, que asciende a 19%. El nivel de escolaridad más bajo en promedio de los no blancos empleados en las categorías no manuales inferiores también sugiere que la menor educación de este grupo de población limita el número de candidatos calificados para este tipo de empleos. Por otro lado, las diferencias de ingresos entre blancos y no blancos dentro de cada una de las categorías no manuales inferiores, en proporción más elevada que las diferencias en educación, insinúa que existe discriminación en las ocupaciones (movilidad de carrera profesional) y en el salario que se basa en la adscripción racial.

Como se observó, la diferente distribución de los grupos de color y de los de género y color en el mercado de trabajo y en la estructura ocupacional refleja los modelos de jerarquía social que prevalecen en la sociedad brasileña y se manifiesta en acentuadas desigualdades distributivas. La diferencia entre los ingresos medios refleja el valor tan desigual del trabajo de esos grupos. Si el punto de comparación son los hombres blancos, resulta que las mujeres blancas obtienen ingresos equivalentes a 54% de los de ese grupo, los hombres no blancos obtienen 45% de esa cifra y las mujeres negras y mulatas reciben, en último lugar, apenas 26% de esa cantidad.

Un siglo después de haberse abolido el sistema de esclavitud en Brasil, el trabajo manual continúa siendo el destinado a la mayoría de los descendientes de africanos. Al contrario de lo que llevarían a pensar las teorías de la modernización, la transición estructural promovida por el rápido crecimiento económico de los últimos decenios no parece haber reducido de forma significativa la distancia social y económica entre los grupos raciales de la población. La poca evidencia disponible sobre la situación de los grupos raciales a lo largo del tiempo indica que ha habido un aumento de la discriminación racial en el mercado de trabajo en el periodo más reciente (Lovell, 1992).

La presencia tan desproporcionada de negros y mulatos en la base de la jerarquía social se debe, en parte, a su concentración numérica más elevada en las regiones menos desarrolladas de Brasil. Además de esa desventaja regional, los efectos de las prácticas racistas se sienten en todas las etapas del ciclo de vida de los no blancos (Silva y Hasenbalg, 1992). En las etapas del ciclo anteriores al ingreso en el mercado de tra-

bajo, negros y mulatos encuentran condiciones limitantes para las oportunidades de educación. A la baja escolaridad —recurso cada vez más importante en la competencia por los lugares en la estructura ocupacional— se suman los resultados de la discriminación racial en el propio mercado de trabajo, con lo que se cierra el círculo vicioso que confina a negros y mulatos en posiciones sociales subordinadas.

Recibido en septiembre de 1993

Revisado en noviembre de 1993

Traducido del portugués por Graciela Salazar

Correspondencia: Rua Assembleia, 10/Sala 501/Centro/CEP 20011000/Río de Janeiro- RJ, Brasil.

Cuadro 2

Distribución ocupacional de personas de 10 años de edad y más
por grupos de color y grupos de género y color*
Brasil, 1988

Categorías	Blancos	No blancos	Hombres blancos	Mujeres blancas	Hombres no blancos	Mujeres no blancas	Total
No manual superior	9.0	2.9	9.0	8.9	2.8	2.8	6.3
Pequeña burguesía	7.2	3.9	8.6	4.7	4.3	3.2	5.8
No manual inferior	19.0	11.6	14.9	26.7	9.0	16.1	15.8
Trabajadores de la industria	12.9	13.3	16.0	7.4	17.4	5.7	13.1
Trabajadores de servicios	11.8	10.8	13.1	9.6	12.6	8.5	11.5
Sector informal	19.4	25.7	13.0	30.7	15.0	44.8	22.0
Propietarios agropecuarios	1.0	0.5	1.4	0.1	0.7	0.1	0.7
Trabajadores agropecuarios	19.7	31.3	24.0	11.9	38.2	18.8	24.8
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

* No incluye las personas de color amarillo (o sea de origen asiático) o que no declararon color, que representan menos de 1% de la población ocupada.

Fuente: Tabulaciones especiales de la PNAD, 1988.

Cuadro 3
Distribución por ocupaciones de grupos de color y grupos de género y color
Brasil, 1988

Categorías	Blancos	No blancos	Hombres blancos	Mujeres blancas	Hombres no blancos	Mujeres no blancas	Total
Profesionales liberales	0.5	0.7	0.7	0.3	0.1	--	0.3
Profesionales liberales empleados	1.3	0.3	1.5	0.8	0.3	0.2	0.8
Dirigentes y administradores	4.3	1.6	4.8	3.5	1.7	1.4	3.2
Otras profesiones	2.9	0.9	2.0	4.3	0.7	1.2	2.0
Proprietarios patronos (o Proprietarios empleados)	3.8	1.0	4.8	1.9	1.4	0.4	2.6
Funciones administrativas ejecutivas	3.2	1.4	3.3	3.2	1.3	1.5	2.4
Técnicos, artísticos y supervisión de trabajo manual	7.8	5.9	5.9	11.2	4.3	8.6	7.0
Empresarios por cuenta propia	3.4	2.9	3.8	2.8	2.9	2.8	3.2
No manual rutinario	8.0	4.3	5.7	12.3	3.4	6.0	6.4
Trabajadores en la industria moderna	3.3	2.6	4.8	0.7	3.7	0.5	3.0
Trabajadores en la industria tradicional	9.6	10.7	11.2	6.7	13.7	5.2	10.1
Trabajadores de servicios	11.8	10.8	13.1	9.6	12.6	8.5	11.5
Trabajadores manuales por cuenta propia	7.9	8.0	7.3	8.8	7.7	8.2	7.9
Trabajadores de servicios domésticos	9.6	15.4	4.0	19.7	5.3	33.9	12.1
Vendedores ambulantes	1.9	2.3	1.7	2.2	2.0	2.7	2.0
Proprietarios de industrias agropecuarias	1.0	0.5	1.4	0.1	0.7	0.1	0.7
Técnicos y administrativos en industrias agropecuarias	0.8	0.8	1.3	--	1.3	0.1	0.9
Productores agrícolas autónomos	6.4	8.3	9.4	1.0	11.5	2.4	7.2
Trabajadores manuales rurales	12.5	27.2	13.3	10.9	25.4	16.3	16.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Tabulaciones especiales de la PNAD, 1988.

Cuadro 4
Escolaridad promedio de los estratos por ocupación, según grupos de color y grupos de género y color
Brasil, 1988

<i>Categorías</i>	<i>Blancos</i>	<i>No blancos</i>	<i>Hombres blancos</i>	<i>Mujeres blancas</i>	<i>Hombres no blancos</i>	<i>Mujeres no blancas</i>	<i>Total</i>
Profesionales liberales	17.0	16.7	17.0	16.9	16.7	--	17.0
Profesionales liberales empleados	16.8	15.9	17.0	16.3	14.7	14.7	16.7
Dirigentes y administradores	11.7	9.9	11.6	11.8	9.5	10.6	11.3
Otras profesiones	14.8	13.2	14.8	15.2	12.0	14.1	14.7
Proprietarios patronos (o Proprietarios empleadores)	9.5	7.1	9.3	10.5	6.8	8.7	9.1
Funciones administrativas ejecutivas	11.1	9.8	10.7	11.8	9.2	10.6	10.8
Técnicos, artísticos y supervisión de trabajo manual	10.3	8.9	9.4	11.2	8.0	8.7	9.8
Empresarios por cuenta propia	6.3	4.0	6.2	6.4	4.0	3.8	5.4
No manual rutinario	10.0	9.1	9.3	10.5	8.5	9.8	9.7
Trabajadores en la industria moderna	6.1	5.5	6.1	6.0	5.4	6.4	5.9
Trabajadores en la industria tradicional	4.4	3.7	4.2	5.1	3.4	5.0	4.1
Trabajadores de servicios	6.2	5.2	5.9	6.8	5.1	5.6	5.1
Trabajadores manuales por cuenta propia	5.1	3.9	5.0	5.3	3.7	4.1	4.6
Trabajadores de servicios domésticos	3.6	3.2	3.7	3.6	3.3	3.1	3.4
Vendedores ambulantes	5.2	4.5	4.6	5.9	3.1	4.4	4.4
Proprietarios de industrias agropecuarias	6.0	2.9	5.8	7.3	2.9	3.2	5.2
Técnicos y administrativos en industrias agropecuarias	4.8	3.3	4.8	4.8	3.2	7.1	4.2
Productores agrícolas autónomos	2.9	1.1	3.0	2.4	1.2	1.0	2.1
Trabajadores manuales rurales	2.8	1.4	2.8	2.9	1.4	1.3	2.0
Total	6.6	4.0	6.2	7.3	3.7	4.6	5.5

Fuente: Tabulaciones especiales de la PNAD, 1988.

Cuadro 5
Ingresos promedio de los estratos por ocupacion, según grupos de color y grupos de género y color
Brasil, 1988 (cantidades por 1 000 cruzeiros)

Categorías	Blancos	No blancos	Hombres blancos	Mujeres blancas	Hombres no blancos	Mujeres no blancas	Total
Profesionales liberales	369	320	421	192	320	—	363
Profesionales liberales empleados	439	320	483	310	384	173	424
Dirigentes y administradores	249	151	292	142	177	96	229
Empresarios por cuenta propia	95	62	107	67	72	44	83
No manual rutinario	71	57	79	65	68	46	67
Trabajadores en la industria moderna	92	69	95	57	71	40	84
Trabajadores en la industria tradicional	48	32	45	31	33	27	38
Trabajadores de servicios	50	40	57	36	46	27	46
Trabajadores manuales por cuenta propia	64	42	83	29	51	18	54
Trabajadores de servicios domésticos	24	18	43	17	34	14	21
Vendedores ambulantes	54	32	65	39	33	30	44
Propietarios de industrias agropecuarias	240	138	237	292	139	106	213
Técnicos y administrativos en industrias agropecuarias	60	44	60	58	44	106	54
Productores agrícolas autónomos	45	26	46	31	28	15	36
Trabajadores manuales rurales	21	17	23	15	19	10	19
Total	88	41	107	58	50	28	70

Fuente: Tabulaciones especiales de la PNAD, 1988.